

## El aporte de la Iglesia al país:

# Hacerse participativa

PEDRO TRIGO, S.J.

**¿Qué es lo que la Iglesia puede hacer por el país? El servicio mayor que puede prestarle es el de reconvertirse institucionalmente.**

Llevamos insistiendo desde hace muchos años en la necesidad de pasar de una Iglesia identificada con la institución eclesiástica a una Iglesia que se realice como pueblo de Dios. Esa transformación del sujeto eclesial es ante todo una exigencia de fidelidad. No sólo fidelidad jurídica a un texto con autoridad (la Constitución dogmática sobre la Iglesia del Concilio Vaticano II) sino sobre todo fidelidad a los signos de los tiempos, es decir, "los signos verdaderos de la presencia o del designio de Dios" en los acontecimientos, exigencias y deseos de los que la Iglesia participa juntamente con sus contemporáneos (GS 11). Ya hemos insistido (ver SIC 633, abril 2001, 122-125) en la fidelidad a las fuentes. Ahora vamos a referirnos a la fidelidad, al Espíritu que sopla en la historia que vivimos los eclesiásticos y el resto de los cristianos con los demás, con nuestros contemporáneos, y en nuestro caso conciudadanos.

Nuestro análisis se mueve a dos niveles: pastoral, en el sentido restringido del término de alimentar la vivencia cristiana de los católicos venezolanos; y eclesial, en el sentido de que la Iglesia en Venezuela siga siendo sacramento de salvación y lo sea cada vez más cualitativamente.

### **Como vamos, no es posible la atención pastoral**

A nivel de atención pastoral la tesis es muy sencilla: si persistimos en que el sujeto eclesial son los curas, y por tanto los seglares sólo tienen el papel, algunos, de colaboradores subordinados, la atención pastoral será cada vez más diluida e ineficaz, de tal modo que se empujará a la gente, o bien a adscribirse a otras Iglesias cristianas, o bien a practicar un cristianismo aeclesial. La razón es muy sencilla: cada día es mayor la desproporción entre el número de católicos y el número de curas. Por tanto, si los curas siguen siendo el sujeto eclesial, no sólo será imposible (ya lo es) una atención personalizada, sino que se impondrá (es lo que sucede en amplias regiones del país) una dedicación a los mínimos: misas (de difuntos, celebraciones festivas, precepto dominical) bautismos y primeras comuniones (con sus correspondientes catequesis) y dirección de obras asistenciales o promocionales. Este desempeño deja insatisfechos a las personas más religiosas, tanto de los propios curas como de la feligresía, con crisis correspondiente en unos y otros.



Pero además el resultado paradójico de esta atención pastoral tan sumaria es una mayor clericalización: una distancia cada vez más abismal entre los que se tienen que limitar por la extensión de la feligresía a prestar servicios, y los que acuden a ellos y no pueden entablar un contacto más orgánico con sus pastores. La consecuencia es que sólo van a la iglesia cuando tienen que ir, y tratan de saciar su deseo religioso de otros modos o dejan que se adormezca. En estas condiciones, el catolicismo acabará siendo minoritario en Venezuela. Sólo el catolicismo popular logrará sobrevivir, no sabemos por cuánto tiempo; en las demás clases sociales, sólo persistirán grupos que tengan sus propios circuitos familiares o grupales.

#### **Todos, pacientes y agentes pastorales**

Lo único que puede cambiar esta dirección fatal es romper el mostrador que separa a los curas de los seglares, a los agentes de los consumidores, y caminar en la dirección de que tendencialmente en la Iglesia todos seamos a la vez pacientes y agentes pastorales. Los curas tenemos que reasumir decididamente la condición de pacientes pastorales y los seglares la de agentes, es decir, unos y otros tenemos que dejarnos evangelizar como requisito previo y como actitud permanente para de ese modo asumir el compromiso de evangelizar con nuestras vidas y con nuestro anuncio expreso.

Esto tiene dos niveles. El primero es disminuir drásticamente el tiempo dedicado a los sacramentos (así lo contemplaba el cristianísimo Directorio pastoral que promulgó monseñor Parra León para la diócesis de Cumaná en 1980) y ocuparlo en la formación de agentes pastorales laicos. Pero el segundo, más básico, de-

dicar un tiempo denso en irse haciendo cristianos juntos, curas, obispos y seglares: orar juntos, aconsejarse mutuamente, iluminarse en el camino de Dios y en el camino de la vida a la luz de Dios, acuerparse con el amor fraterno... Si pensamos seriamente en estos dos niveles concluiremos que el segundo es requisito para que el primero no se degrade a formar seglares clericalizados, curas disminuidos y deformados, que nunca resolverán el problema pastoral.

Soy consciente de que esta transformación es muy radical y exigente y que la mayoría de los sacerdotes y obispos de buenas a primeras no se ven en ese nuevo escenario. Pero lo tenemos que ver no sólo como una exigencia de Dios a nuestra Iglesia, sino como una buena noticia para nosotros, como una oportunidad de renovarnos cristianamente y recrearnos como condiscípulos y hermanos en Cristo, y de vivir acompañados, con toda la humanización que acarrea ese proceso.

#### **No somos sacramento histórico de salvación**

A nivel eclesial la constatación de base es que una Iglesia identificada con la institución eclesiástica no es en la Venezuela actual sacramento histórico de salvación. Una Iglesia así no es significativa, carece de densidad, de prestancia, de peso, es decir, de santidad. Una Iglesia así no trasunta la gloria del Dios cristiano, y por eso se reduce cada vez más a lo burocrático, a lo jurídico: ritos, prescripciones, instituciones sociales. La gloria del Dios que reveló Jesús reluce en la vida fraterna de los hijos de Dios. Cuando esto se da en un grado apreciable, la Iglesia es sacramento. Pero el sujeto de la vida fraterna de los hijos de Dios es el pueblo de Dios (al que pertenece la humanidad en

diversos grados de visibilidad: LG 13-16), no la institución eclesiástica cuando está separada de él.

La consecuencia de este divorcio entre la institución eclesiástica y el resto del pueblo de Dios es que ésta no tiene el liderazgo efectivo de los seglares. Incluso no se puede presuponer que los obispos lo tengan respecto de sus curas. Si obispos y curas se empeñan en afincarse en lo jurídico y obrar desde ese punto de vista, en muy poco tiempo se van a quedar solos. Como si fueran generales o coroneles que no tienen ningún ejército detrás de ellos.

#### **Perfil del liderazgo cristiano**

Esta situación es calamitosa. Dios no la quiere para su Iglesia y todos debemos esforzarnos en remediarla. Ahora bien, el único remedio es meterse dentro el pueblo de Dios y mostrarse como verdaderos líderes cristianos. Como Pablo, dando no sólo el evangelio sino la vida. Amando, compartiendo, viviendo el evangelio y recordándolo a tiempo y destiempo, siendo dechados de la grey, verdaderos cristianos que buscan sólo alcanzar a Cristo y ser configurados por él, y así sólo conocen a Cristo y a éste crucificado, y por eso luchan por ganar a todos a Cristo, acomodándose a todos y privilegiando a los pobres. Desde esta perspectiva Jesús sí quiere que sus apóstoles busquen ser los primeros: en desvelos, en fatigas, en sufrimientos por el evangelio, en servicio. Éste es el modo cristiano de ganarse el liderazgo. De este liderazgo necesitan preteritoriamente el pueblo de Dios.

#### **El mayor servicio que la Iglesia puede brindarle al país**

Pero es que además lo demanda el tiempo en el que estamos entrando en el país. El repudio del presidente



Hugo Chávez por la democracia representativa y la alternativa que propone de una democracia participativa hace pensar en un país en el que las instituciones son descalificadas como intermediarios que usurpan la capacidad de decisión de los ciudadanos, y quedan los ciudadanos reducidos a su condición de individuos a merced de un Estado omnipotente. Porque el asambleísmo como cauce de participación es tan susceptible de manipulaciones y tan extenuante, que los ciudadanos van a preferir como mal menor que el Estado y sus movimientos de masas (ni uno ni otros asambleístas sino férreamente centralizados) gobiernen a su aire. Este esquema lleva aparejado fuertes dosis de violencia social.

Este escenario requiere una Iglesia realmente alternativa. ¿Qué queremos decir con esta expresión? Una Iglesia articulada que mediante la participación de sus miembros se vaya realizando como pueblo de Dios. Una Iglesia formalmente alternativa es la que habla en contra del cariz totalitario del gobierno, pero no se da cuenta de que, al confinarse en la institución eclesial, está repitiendo el mismo esquema. Esta oposición formal en estas condiciones antiparticipativas, por una parte no tiene legitimidad cristiana: es ver la viga en el ojo ajeno sin querer verla en el propio. Pero además, tiene la pelea perdida porque actualmente el presidente representa la esperanza del pueblo más que la institución eclesial.

¿Qué es lo que la Iglesia puede hacer por el país? El servicio mayor que puede prestarle es el de reconvertirse institucionalmente. Y si se empeña en no reconvertirse, los servicios que preste al país no serán realmente alternativos, es decir, buena nueva evangélica.

El país necesita ciudadanos altamente personalizados. En la Venezuela actual esto en grandes números y has-

ta el fondo sólo lo puede aportar el cristianismo. Pero sólo lo puede aportar un cristianismo caracterizado por relaciones mutuas, horizontales y cualitativas; un cristianismo primordialmente de cristianos (no de clérigos y laicos) que se ayudan unos a otros a relacionarse con la comunidad divina, a transformarse en verdaderos hijos de Dios según el modelo de Jesucristo y a vivir en la sociedad la vida fraterna de los hijos de Dios. Esta participación servicial desde la propia autenticidad es el mayor aporte que puede prestar la Iglesia de Venezuela al país. Ésta es la mejor escuela para que los ciudadanos se comporten como personas conscientes de sus deberes y derechos, que se respetan a sí mismos y a los demás. De este caldo de cultivo surgirá la genuina representatividad que hace viable la convivencia democrática. Y también la resistencia, no cerril sino superadora, a situaciones que menoscaban la dignidad de las personas.

El test de la genuinidad evangélica de la participación eclesial es su apertura estructural a los pobres. Esto tiene dos expresiones: la primera es que en la propia Iglesia los pobres con espíritu (es decir, los pobres que han aceptado la bienaventuranza de que el evangelio del Reino es para ellos) ocupen el lugar central, y la segunda que su servicio a la sociedad se dirija primordialmente a las clases D y E, a quienes apenas consiguen cubrir las necesidades básicas y a quienes casi no llegan a las mínimas. Claro está que este servicio ha de realizarse en relaciones horizontales y mutuas.

Dios quiera que en estos acontecimientos nacionales percibamos el designio de Dios para el país y nuestra participación en él como cristianos y el aporte específico de la Iglesia.

---

**PEDRO TRIGO, S.J.**

TEÓLOGO, DIRECTOR DEL CENTRO GUMILLA

**Lo único que puede cambiar esta dirección fatal es romper el mostrador que separa a los curas de los seglares, a los agentes de los consumidores, y caminar en la dirección de que tendencialmente en la Iglesia todos seamos a la vez pacientes y agentes pastorales**

.....